

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Cuenta una leyenda china que allá por el año 2000 (el otro año 2000, claro, el de antes de J. C.) un mandarín del Celeste Imperio intentó sustraerse a la gravedad terrestre metido en un cohete (¡ya entonces!). Enmarcado por una torre de bambúes, el mandarín fue catapultado desde su imperial Cabo Kennedy y desapareció para siempre en el cosmos, en medio de una nube de humo...

Siempre ha habido gente un poco atrevidilla. El caso es que pienso ahora en este Icaro oriental, en este precursor de Gagarin y de Neil Armstrong, y pienso en el desventurado chino del Celeste Imperio en estos días conmemorativos del triunfo y del fracaso de la aventura lunar. Digo triunfo y fracaso porque hoy, un año después, como una flor marchita o una revolución anquilosada, aquella noche del 20 al 21 de julio, noche que noche nochera, se ha agostado en un humilde rincón de nuestra memoria como un lejano y casi olvidado sueño de la infancia. Como en los amores ardientes y maravillosos que parece que no fueron, lo desmesurado del entusiasmo tendría su exacta medida en el inexplicable olvido. Fue el sueño de una noche de verano, y hoy, cuando sólo un año ha transcurrido, tenemos la vaga sensación de que la aventura de Armstrong se ha volatilizado en el cosmos como el mandarín del cuento... El hombre creía haber llegado a la Luna. Estaba, efectivamente, en la luna.

Era, sin duda, demasiado pronto. La conquista de un pueblo ha sido siempre la aventura de otro pueblo. La conquista de un astro ha de ser la aventura de otro astro. Pero este astro aventurero —el nuestro— no existe aún como unidad civilizada, sino al nivel de mundo pluritribal. (Empleo la palabra "tribu" porque fonéticamente me divierte más que la de nación, y significa prácticamente lo mismo.) En este planeta que pretende conquistar pacíficamente el universo, numerosas tribus de mayor o menor grado de ferocidad siguen haciéndose la guerra de diversas formas. Las tribus más evolucionadas han conseguido ya no hacérsela directamente, sino a través de las tribus más primitivas. Ha sido el adelanto más notable que se ha registrado hasta ahora en las relaciones intertribales.

Hace un año, en el camino de regreso, contemplando la hermosa bola azul dulcemente a la deriva entre las estrellas, Armstrong y sus compañeros no podían comprender las divisiones y las sangrientas querellas de los hombres. En el cósmico minuto de la gran perplejidad, fuera del espacio vital y del tiempo, se dieron cuenta como nadie de su condición de hombres, y las noticias de la actualidad que recibían por radio desde la Tierra debían parecerles algo monstruosamente irreal y peregrino. Más tarde, llegados aquí abajo, su sueño de solidaridad —que casi fue el nuestro— se desmoronaría irremediablemente al contacto con las irreales realidades de un mundo de judíos, moros y cristianos, de católicos y protestantes, de explotadores y explotados, de libertos sin libertad y de revolucionarios sin revolución, de fabricantes de muertos y víctimas propiciatorias. Sí; por un momento habían estado en la luna. Y nosotros con ellos.

Se comprende el escaso interés que despertó el segundo viaje y el fracaso del tercero. Efectivamente, más vale esperar. O intentar a fondo y entre todos la conquista de la Luna, a ver si de rebote conquistamos la Tierra.

el 10 por 100 de votos que obtuvo en 1964. Parece que sólo obtuvo el ocho. El P.R.I., por su parte, mejoró, sobrepasando el 90 por 100. El triunfador y nuevo Presidente de México es un abogado, Luis Echeverría Álvarez, de cuarenta y ocho años de edad, que desde 1948 inició pacientemente una carrera política cuya meta era la primera magistratura.

El origen de la problemática mexicana de hoy se remonta a 1910, cuando a los gritos de «sufragio efectivo, no reelección» y «Tierra y libertad», se enciende la hoguera de una revolución democrático-burguesa que costó el país ríos de sangre y abrió las puertas a nuevas perspectivas de desarrollo social, económico y político. En 1929 surgió el primer intento de aglutinar en un brazo político poderoso a las fuerzas revolucionarias y garantizar así la continuidad de esas fuerzas en el poder. Primero se llamó Partido Nacional Revolucionario (P. N. R.); en 1938 se transformó en el Partido de la Revolución Mexicana (P. R. M.) y finalmente pasó a ser el actual P. R. I.

En un ensayo titulado «La revolución mexicana: cincuenta años después», A. Aguilar Monteverde define al P. R. I. en esta forma: «... es un partido de clases y no de clase; pero de clases subordinadas, enajenadas a los intereses de una burguesía en la que si bien hay algunos grupos nacionalistas, considerada en conjunto es una clase débil, tuteante, contemporizadora y crecientemente comprometida con los intereses extranjeros».

El 21 de octubre de 1969 se conoció que el candidato oficial a la Presidencia era Luis Echeverría Álvarez. Usando el argot político mexicano, fue el clásico «destapamiento del tapado». El 15 de noviembre, la IV Convención Nacional Ordinaria del P. R. I. lo proclamó su candidato, y al día siguiente iniciaba su campaña política a través de todo el país, empezando en Querétaro, donde declaró que será «el Presidente de los humildes». Antes, en su mensaje a la Convención del P. R. I. aceptando su postulación, Echeverría esbozó su línea política: libertad y derechos civiles para los individuos, garantías sociales para los grandes núcleos populares, sistema político democrático, independencia y soberanía plenas de la nación, desarrollo acelerado a base de una economía mixta y justicia —auténtica justicia— en la distribución del ingreso nacional. Para el candidato del P. R. I., la revolución mexicana «está inconclusa» y «el sistema en que vivimos tiene el consenso y el apoyo de nuestro pueblo». Durante toda su campaña —miles de kilómetros recorridos, centenares de poblaciones visitadas—, Echeverría reiteró, más o menos, la misma línea general esbozada el 15 de noviembre de 1969. En Querétaro pidió «comprensión» a los industriales para la acción del Gobierno que sólo es aleatoria de la suya, y en Guadalajara hizo una definitiva afirmación: «Creo que el empresario privado, en México, es también producto de la revolución». Los estudiantes fueron la piedra de toque de la jira de Echeverría. Tuvo dificultades para entrar a las Universidades, condenó los «alborotos irracionales que socavan la libertad de pensamiento y que sólo benefician a los enemigos internos y externos de la revolución

mexicana», y en Morelia, rodeado de estudiantes nicolaítas, tuvo que guardar un minuto de silencio por los caídos en Tlatelolco. En una de las múltiples reuniones que sostuvo con gente joven, un estudiante refutó las tesis del ahora Presidente y expresó que el camino para resolver los problemas de México es el socialismo. Echeverría respondió con una serie de argumentos sobre las «ideas exóticas», los «moldes extranjerizantes» y las «soluciones ajenas», no faltando quien comentara que, según esas palabras, podría crearse que el sistema capitalista que defiende hubiera sido inventado por Cuauhtémoc. Sobre el problema agrario dijo el candidato que «el régimen constitucional de tenencia de la tierra es intocable» y que no permitirá que nada lo dañe o lo debilite. Y quedó de manifiesto, reiterado por Echeverría, que el nuevo Gobierno que él presidirá no hará ningún cambio en la estructura del país.

Algunos dicen que en México no hay una política definida de desarrollo y otros afirman que lo que sucede es que esa política ha variado respecto a la etapa inmediata anterior (1934 a 1940). El economista Fernando Gam-



Luis Echeverría

boa explica que «A partir de 1941, y sobre todo de 1946 a 1947, esa política de desarrollo dejó de ser una actividad que pugnaba por romper el viejo "statu quo" en beneficio de campesinos, obreros y de la burguesía nacionalista, en pos de un desarrollo genuinamente nacional —esto es, de frente ante los viejos intereses dominantes y el imperialismo—, para convertirse en una política cuyo principal propósito es mantener y desarrollar un nuevo "status", el determinado por una burguesía fortalecida por su crecimiento previo y por las fuerzas que después entraron en acción». Después del cardenismo se inició en México «el reino de los Banqueros». Los símbolos de la revolución mexicana se perdieron desde 1940. Vernon ha dicho que «Alejandró (1946-52) demostró que los símbolos podían ser una cosa y la sustancia otra». Y la secuela de Presidentes que vinieron después de Cárdenas, probaba la certeza de otra frase de Vernon: «Todos los Presidentes de México son hijos de la revolución por necesidad política, pero algunos son menos revolucionarios que otros». ■ CARLOS MORA.

MEXICO

Elecciones blancas

Hace cuarenta y un años que el P. R. I. (Partido Revolucionario Institucional) de México, no pierde unas elecciones en el país. Y hace treinta y un años que el P. A. N. (Partido Acción Nacional) trata de subir al po-

der inútilmente. Estos dos hechos, así escuetamente asentados, obedecen a una mecánica histórica compleja que es necesario analizar.

Las elecciones del 5 de julio pasado fueron algo así como la cuarenta y una representación de una obra teatral ya conocida. Ganó el P. R. I., como el más lerdo de los expertos podía vaticinar. Perdió el P. A. N., tal y como lo esperaban los mismos panistas. Si acaso, hubo sorpresas en los porcentajes. El P. A. N. aspiraba a mejorar